



## EL PINTOR DE LA MUERTE

### I

Una tarde inverniza y cerrada en nubes, de esas en que anochece sin crepúsculo, como la sombra sorprendiese al gran Fresneda con los pinceles bañados en color y la frente encendida en inspiración, deseosos de que aquella interna luz que cuando no se derrama en sus obras desborda de sus labios de pontífice del arte cayese sobre nosotros los neófitos convertida en enseñanza dogmática ó en expansión reveladora, rodeámosle todos con fe de iniciados, con amor de discípulos. Corriéronse las cortinas sobre los anchos ventanones en que se congelaba la escarcha, y agrupámonos todos en el *rincón de Minerva*. (Así llamábamos los asiduos al ángulo coquetón y aristocrático donde, en torno á la blanca estatua de la diosa, el refinado artista ha escondido entre tapices y biombos los divanes, poltronas y

*chaises-longues* cargados de almohadones de brocado y terciopelo, en que recibe y agasaja á los primates de todas las aristocracias que frecuentan su estudio.)

Sutis, el gran Sutis, honor de la prensa, que aquella tarde estaba *fresco*—*abeodo*, como él decía—, tomó la palabra y dijo á Fresneda:

—¿Se permite, á fuer de periodista, ser indiscreto, preguntón, *interviewante*?

—Venga de ahí, cronista eximio—respondió el pintor.

—Pues con su venia, admirado maestro, allá va la *boutade*, y perdone; pero jamás pude explicarme cómo á hombre tan impresionable, nervioso y *amador de toda gentileza* le dió por pintar muertos, calaveras, danzas macabras y espeluznantes *puñideros*, á lo Valdés Leal; y me quemó en viva sed de saber algo de su génesis de artista, de cómo se revelaron su temperamento, su vocación...

¿Quién no conoce la hermosa cabeza de Mauricio Fresneda, donde aun arde el estío y ya nieva el otoño de la vida; sus negros ojos, que esplenden bajo las espesas cejas cerradas; su barba fuente, que se esfuma en rizada niebla gris? Pues si de suyo dice tanto aquella noble testa de artista, momentos hay en que irradia elocuencia su gesto, y aquél fué uno de tales momentos en su vida: un fulgor extraño fosforeó en sus pupilas; pero su voz estaba ya serena al hablar así:

—La vocación y el temperamento, amigo Sutis: he ahí dos cosas difíciles de desunir en la

persona de un artista: ¡como que la vocación es la revelación del temperamento!

—Bueno; pues el punto y ocasión en que ese temperamento se revela, la causa que lo descubre, ésa es la vocación del artista.

—Claro está y bien dicho, compañero; y tan cierto es, que así me aconteció como usted lo dice. *El pintor de la muerte* estaba en mí, lo era yo, lo era... todo mi ser; pero yo me ignoraba, y... llegó una hora de revelación, un *flat*, y... ¡fuí! ¡Digo..., creo haber sido!—rectificó dulcemente el caballero, como admirado de su valiente afirmación de artista.

—¡Fué, es y será con la eternidad de la gloria!—aclamó Sutis inclinándose cariñosamente ante el maestro, á quien todos saludamos con un «¡bravo!» y un entusiasta aplauso.

—Venga, venga esa confianza—gritó Nerva, el crítico—, y sabremos todos por qué en la paleta del maestro se mezclan los mismos colores sombríos que mezclaba *el Greco* en la suya, por qué en pleno siglo XX vive Fresneda entre visiones macabras y triunfos de la Muerte.

Oyóse sobre el espeso tapiz tunecino el apagado roce de sillas y butacas arrastradas hacia el centro por los que ávidamente querían percibir hasta el alentar de Fresneda, lucieron algunos fósforos, comenzaron á humear varios puros de los que regala el pintor, y callamos todos, porque ya hablaba.

## II

—Pues yo, amigos míos, empecé á pintar..., ¡no sé cuándo!, desde que me nacieron los dientes. Pintaba como quien habla: era mi modo de manifestarme; pero entonces pintaba más que hablaba, porque siempre fui encogido, lacónico y amigo de vivir *hacia dentro*. Sólo que lo que entonces pintaba revelaba mi afición, pero aun no me revelaba á mí; era mecánica, imitación, balbuceo de la técnica, sin vislumbre de personalidad. Ello sí, siempre fui neurótico, imaginativo, *romántico*, como me llamaban en mi casa de comerciantes, donde el arte parecía el más perjudicial de los pasatiempos. Y... claro está que aquellos romanticismos míos se desataron en mis juventudes, que coincidieron con el apogeo del teatro de Echegaray y de las apasionadas declamaciones de Calvo y sus fogosas lecturas de *El vértigo* y *La lamentación de lord Byron*... Por entonces... leí yo mucho á Bécquer, y... viví algo sus *Rimas* sugestivas. (Aquí el maestro parecía tragar con esfuerzo un jugo amargo.) Rodé por la vida..., y... al cabo, más romántico, mucho más sombrío y huraño que antes de probar sus venenosos goces, fui á dar con mi cuerpo allá en una vieja ciudad castellana cuyo nombre callo, aunque ustedes lo sospechen ó lo adivinen.

»Allí hay claustros, sepulcros, conventos, quietud y paz levíticas, dejos de vida medioeval, y allí me di á ensoñar sin objeto infinitas locuras y fantasías que, pintadas, hubieran corrido parejas con las de Teniers, Durero, Jerónimo Bosco ó Valdés Leal, que de todo hubo. *La mujer de piedra*, de Bécquer, me sugirió un delirio extraño, y... tenía más amigos entre las estatuas de aquellos sepulcros que *inter vivos*. Sólo un buen canónigo, gran lector de los clásicos latinos, dado á todo género de poesía y adorador de las leyendas zorrillescas, me cobró benévola simpatía, y, dolido de verme arrastrar mis treinta años entre sepulcros y paredones musgosos, otorgóme el regalo de una amistad bienhechora, á la que vine á deber cuanto soy. Comenzó por saludarme en la catedral, ofrecerse á enseñarme *las alhajas* de ésta, hablarme de arte, prestarme libros, y acabó por convidarme á su tresillo nocturno, frecuentado por medio cabildo y por todos los viejos de la localidad. Una noche, hablándome aparte, me dijo:

»—A usted, tan aficionado á todo lo fantástico y maravilloso, le reservo un espectáculo *único*: nadie más que usted ha de gozarlo.—Y con aire de gran misterio y sigiloso prestigio, acabó: —La visión con que le convido no es para todos ni se deja admirar siempre: tiene su hora, su luz propia para ser contemplada en toda su imponente grandeza. Mañana, á las doce de la noche, en la puerta de la catedral. ¡Valor y puntualidad, amigo!

## III

»Llegada la hora de la cita, introdújome mi viejo amigo por la cerrada catedral, donde resonaban pavorosamente nuestros pasos; abrió un guardián las puertas del claustro, cuyas mohosas bisagras rechinaron con agudos quejidos, que el eco repitió y agrandó de nave en nave del templo; entramos en el claustro, á cuya sombra duermen, en tumbas adosadas á los muros, frailes, guerreros y obispos de piedra; las grandes ojivas estaban tapiadas: sólo una ó dos se conservaban abiertas, perfilando sobre el cielo su gallarda tracería; mandóme el canónigo acercarme á una de ellas, á la cual nos asomamos apoyándonos en el antepecho de piedra. En el claustro bajo—entonces en restauración—hacínábanse grandes montones de sillares, cónicas pilas de cal y de arena, rimeros de tablas, vigas y herramientas, todo lo cual confusamente se veía á la pálida luz de la luna, que bañaba las altas crestas de la catedral, dejando entre sombras y penumbras el hondo patio; en el centro de él abríase un medroso boquerón negro, de enormes dimensiones y bordes desiguales. Yo nada más veía, aunque me desojaba escudriñando los rincones del vetusto y revuelto patio.

»—¿Y esto es todo lo que este buen señor tenía

que enseñarme?—preguntábame, dando ya al diablo la intempestiva salida y la molesta excursión por sitios tan fríos, húmedos y desapacibles. El canónigo, que tal vez adivinaba mi tácita murmuración, y quizás se complacía en ella, dijo reposadamente:

»—Ya sabrá usted que este patio era el enterramiento de los capitulares, y justamente ahí, en el centro mismo, estaba el osario.

»Yo miré con curioso interés al hondón negro.

»—Sí, señor; ahí exactamente estaba el gran osario... ¡Ahor!—gritó vivamente mi Virgilio en aquella visita dantesca. Y, en efecto, en aquel momento mismo la luna, resbalando de lo alto de pináculos y botareles, bañaba el claustro bajo y caía como raudal cristalino en el ancho boquete, donde refulgió con filis y aureolas de plata una masa líquida, transparente, movediza: agua. Pero en aquel agua flotaban formas terroríficas, perfiles de pesadilla, blancos esqueletos en cuyo hueco tórax simulaba ritmo de vida y respiración el oscilar manso y acompasado de la linfa; calaveras en cuyos huecos alvéolos resplandecían ojos fantásticos de agua y luz de luna; cráneos pelados que nimbaban círculos de plata temblorosa y en torno á los cuales ondulaban sueltas cabelleras de hilado vidrio; mondados rostros entre cuyos blancos dientes estallaban risas de reflejos, murmullos de onda y gorgoteos siniestros y estertorosos. A veces un tronco acéfalo emergía entre redales de agua y luz; á veces una malla calada de huesos revueltos y enredados,

como siniestra vegetación acuática, derivaba lentamente entre lamas verdosas del estancado líquido y jaramagos caídos de los tejados del claustro...

»—*Sic transit gloria mundi!*—murmuraba el canónigo—. Todos éstos fueron deanes, penitenciarios, lectorales, chantres, capiscolos..., oradores, sabios, ascetas, santos quizás; frentes que albergaron altos pensamientos, cabezas que pudieron ceñir mitras, tiaras acaso...; y ahora, montón de huesos anónimos revueltos en una charca... *Miserere!*

## IV

»Aquella noche, una noche de fiebre intelectual, de delirio erectivo, mi fantasía llegó al paroxismo de la actividad, á las lindes de la demencia. Nunca el pensar y el imaginar fueron en mí cosa *tan una*. Me sentí verdadero artista, sentí que toda mi alma cristalizaba en formas de muerte, y al despertar surgieron bajo mi lápiz todas las visiones de mi noche dantesca, y en el éxtasis de la creación esboqué de un aliento el primer croquis de *Visión macabra*, el cuadro que decidió de mi vida. Aquel osario inundado me hizo pintor.

»Y..., ¡sobre todo, amigo Sutis, cada uno pinta lo que lleva dentro!—acabó Fresneda con el sú-

bito irreprimible arranque de un dolor largamente represado que en un momento crítico se vuelca inevitablemente del alma. Así lo decían su voz, su expresión, la terrosa palidez que como velo de muerte empañó su faz augusta, revelando algo tan hondo, tan supremo, que asustaba. Satis sintió un espasmo doloroso, y en su memoria relampagueó un recuerdo, una historia de amor, una traición de mujer—¡y de mujer propia!—; la visión de una vida malograda, de una tragedia íntima, sin sangre y sin gritos, semejante á la tragedia que asoló su propia alma. Y el noble bohemio, que sabía que hay situaciones en que el silencio es pudor santo, se levantó temblando de emoción, y callada, virilmente estrechó la mano del maestro, que, como la suya, estaba helada, cadavérica.



## EL "DIVINO" LÓPEZ

(Del natural)

### I

Aun viven en Sevilla personas que le conocieron, y no me dejarán mentir si digo que no comprendo cómo la fama de su nombre redujose al círculo de sus clientes y no traspuso las fronteras de la gloria. ¡Influye tanto la cantidad en el destino de los hombres!

Sobre la frente de tal maniático ó excéntrico prendado de la ciencia ó de la belleza escribid el signo *más*, y tendréis al genio ante el cual se inclinan las generaciones; sobre la de aquel otro desequilibrado perseguidor de ideales escribid el signo *menos*, y tendréis al *chiflado*, al *bufón*, al *hazmerreir*.

El que hurta bolsillos ó escamotea relojes se queda en ratero; el que asalta á los caminantes

trabuco en mano asciende á bandido; el que asesina en masa y roba ciudades ó naciones llega á héroe, y puede llamarse Alejandro, César ó Napoleón.

Pero ¿quién duda que haya bandidos que aspiran á Césares, y Comellas y Orbanejas que sueñan con Shakespeare ó con Velázquez?

De estos últimos érase el bueno de Antonio López, barbero de vocación y pintor de oficio, ó viceversa, ya que con tan gentil denuedo embadurnaba de pintura los lienzos como de jabonosa espuma las caras de los parroquianos, y así afeitaba con los pinceles á uno de sus pintados personajes para variarles la personalidad según las exigencias de la venta, como pintaba con la navaja en la jeta de algún temerón un par de patillas de «boca de hacha» que pusieran espanto al más valiente.

Estaba su barbería de pintor ó su taller de rapista en el cogollo de la calle de la Imagen, camino obligado entre la plaza de la Encarnación y los barrios de la Alhóndiga y San Pedro; y en situación tan favorable, no hay que decir si la flor de la jifería y tablajería del mercado, la nata de los hortelanos y floreros de la Macarena, de los pescaderos de Triana y de los recoveros de La Algaba, Santiponce y Valencina vendrían como llovidas á las manos, es decir, á las navajas del maestro; tanto más, cuanto que la barbería confinaba por la derecha con una taberna de lo caro, mitad mostrador abierto al *copeo* de matarifes, arrieros y toda laya de trashumantes y vaga-

bundos, y mitad ringlera de cerradas *tascas*, cobijo de gentes del bronce y *cantaores* por lo *jon-do*; y por la izquierda con un tenducho pintoresco de jalmas, ronzales, aparejos y morunos jaeces cargados de bordaduras, flecos y madroños multicolores, con lo que de los tres establecimientos podían salir majos, mondos y refocilados toda casta de hombres y caballerías de acarreo. Como enjambre zumbaba ante la tienda el mujeriego, y allí se estaban maritornes, vendedoras, cigarrerías, lugareñas y gitanas, ditéras ó *cantaoras*, boquiabiertas ante el cromático tumulto con que asaltaban sus sentidos los grandes lienzos que ocultaban las paredes y aun el techo de la tienda, la puerta y cuanto á los lados de ella prolongábase la fachada barberil.

¿Qué mocita de barrio se casaba entonces en Sevilla que no llevase en su ajuar, como el más preciado ornamento para su «sala» típica, la pintura en lienzo de á vara en cuadro con su inevitable marco de *caña dorá*? ¿Ni dónde hallar colección de santos como la que el maestro *expone*? Las Dolorosas, los Nazarenos, los San Rafaeles eran preferente objeto de la furia de su brocha truculenta, y, eso sí, no faltaba espina á la corona de Cristo, ni espada en el pecho de la Dolorosa, ni argentada escama al fantástico pez que colgaba de la mano del Arcángel; y ante tan expresivos atributos, ¿quién osaría confundir unos con otros á los personajes sagrados?

## II

Nuestro Fígaro-Velázquez frisaba en los setenta eneros; pero sin entregarse y presumiendo tanto de buen mozo y apersonado como de genio del arte. Era alto y, para su edad, muy derecho; iba afeitado con prolijidad, como si hiciera de su lustrosa cara muestra y prospecto de su oficio; vestíase todo el año *chaquet protohistórico*, chalecos omnicromos, bimba de tres pisos, alto corbatín, y un perdurable topacio abotonando la camisa, y de los contados pelos que vegetaban en su nuca construía una maravilla capilar que él donosamente llamaba «el emparrao», porque como emparrado entretejíanse sobre su calva aquellos luengos mechones—engrasados sabe Dios con qué menjurjes—, cuyas puntas graciosamente remataban sobre ambas sienes en sendos chuflos «á lo Rossini», que unas veces le daban aire de chulo con *persianas*, y otras, perfil de *maestro al cémbalo*.

Así era el buen Antonio López, barbero de mi padre allá cuando yo aprendí á leer; y de la mejor fe del mundo decíame con el blando reír de su desdentada boca:

—Fígaro y Velázquez en uno. ¡Mira qué cosas, niña!

Ahogábame la risa á borbotones, y, tragándomela, soltaba yo alguna cruel ironía infantil,

que suelen ser sangrientas; y la navaja del maestro temblaba en su manaza peluda rozando el cuello de mi padre, que corría peligro de algún nervioso tajo.

—¡Vete de aquí mientras me afeitan, diablo!—gritaba mi padre con mucha más risa que enfado—, que distraes al maestro y me lo encalabrinas mientras mi pescuezo padece bajo el filo de su navaja, y un día me degüella este artistón.

—Sosiéguese, señor mío, que mi pulso es seguro como balanza de pesar oro; y así descañono *cútises* de caballeros, como pinto en un santiamén vírgenes que Murillo firmaría y retratos que se confunden con los de Velázquez.

Estallido de risa en mi garganta, temblores de la navaja en la de mi padre, regaño de éste, y nuevo discurso del rapista con el *yelmo de Mambrino* (la bacía jabonosa) en la siniestra y la tajante navaja en la diestra tribunicia.

—¡Fuerte cosa es que en este pícaro mundo aun las personas de mayores luces, como este señor, hayan de confundir los colores!

—¡Hombre, yo nada confundo! ¿Quiere usted afeitarme, por los manes de Apeles, y callarse la boca?

—¡Artista soy, artista he nacido y artista moriré, *manque* me vean ustedes con la navaja y la bacía, y no con el tiento y los pinceles en la mano!

—¡El tiento sí que le hace falta! ¡Afeite y calle, hombre, por los clavos de Cristo!

—Afeitado hablo, señor, porque barbero y callado no se vió nunca.

Tornaba la navaja á raer en silencio, y mi padre á sonreirme entre la espuma jabonosa; y animada yo por el júbilo paterno, arrancábame con uno de mis discursos de empecatada chiquilla:

—Verdad, maestro, que es fuerte cosa que en este prosaico mundo ande tan desconocido el genio, siendo así que donde menos se piensa salta un Velázquez, un Zurbarán ó, si se terciara, un Miguel Angel.—Mi padre, bajo el paño de afeitarse, movía los dedos para indicarme que atajara el discurso; y yo, que veía retozar su risa entre el jabón, levantaba el tono jocosublime: —Pero, bromas aparte, maestro, aquí en casa le admiramos de corazón, y de sobra sabemos que Velázquez puede respirar dentro del pellejo de Figaro; y aunque papá se ría porque gusta de oírle á usted, sepa que aquí todos le llamamos «el Divino».—Mi padre me comía con los ojos; los del rapista me contemplaban en éxtasis.—¡Sí, señor; «el Divino López» le llamamos!

Mi padre se ahogaba, y por disimular la risa fingió un acceso de tos; y el pobre barbero, con sus ojillos grises arrasados en llanto, estuvo á punto de romper á llorar á moco y baba.

—¡Dios te bendiga, criatura! ¡Tú me has cono-sió! ¡Tan cierto es que los niños dicen las verdades, porque los angelitos son incapaces de envidia!

—¡Y lo siente como lo dice!—comentó mi padre, dejando estallar la risa y el asombro ante la sublime inconsciencia de aquel hombre.

## III

Carraspeó el maestro por encubrir su emoción, sacó del bolsillo de su arcaico *chaquet* la piedra de vaciar las navajas, y mientras muy despacio pasaba por ella la hoja de la que tenía enarbola-da, endilgónos este discurso, que mi padre oía con la más cómica resignación, entre divertido y furioso:

—Er juzgá á los hombre é memoria é lo mesmito que toreá *ende* la barrera.—Sofocadísimo, y dirigiéndose á mí sola de puro enojado con mi padre: —*Enfigúrate* tú, mi arma, que esto que voy á contate no hay Murillo ni pintó bajao del sielo que lo jaga. Pó la *velá* é San Juan jará un año que vino á mi tienda la mejor mosa é gitana que ha paseao é reá cuerpo po Seviya: arta, apresoná, jecha á torno, morena sonrosá, con er propio sol metío entre cuero y carne, y una mata é pelo enzortijao que quitaba er sentío á un zanto é palo; era dítera y cambiaora é rumbo, y yevaba lo deo aforrao é tumbaga é piedra fina, con má relumbrones que er manto é la Vinge de la Macarena; y lo mesmito fué darse en cara con tito er museo que tengo en mi «casa-puerta», que... —¡no te crea que desagero, niña!—, zin rezueyo se quedó, y ze me encara y dise: «Oiga usted, maestro; po su zaluíta, que manque coza güena tengo



vista, como esta riolá é gloria que tié usté erramá po zu padere, ¡nál...! á no zé la Cofradía ó la prosesión der Corpu.» Y va y se me quea plantá, y me dise: «¿Me quié usté retratá, compare?» «¡Singún!», le contesté yo, que sé lo que é una gitana, ¡y dítera! Porfió eya, y yo, blando é corasón pa er mujerío, en tres hora, niña, le jice un retrato ¡que había que lavase los ojo pa miralo! Y la condená, ¿qué crees que jiso? Por sinco reale de *diferiensa*—yo pedía sincoenta y eya daba cuarenta y sinco—me lo dejó *corgao*.

—¡Cincoenta reales por un retrato al óleo!—exclamó mi padre asombrado.

—¡Sincoenta, y con marco dorao y tó! Pero como er güen paño en el arca se vende, no jaría tres semana der susedío, cuando se me para á la puerta otra jembra de las de perdé er mundo é vista. ¡Vayan con Dió toíta las güena mosa! Gitana y dítera eya tamié, y acompañá de otra dítera é trapío, pero junto á eya, ¡naide! Vé er cuadro y quease la dó traspuesta, tó fué uno. Y va y zarta la acompañante: «¡Consolación, pero zi ere tú, clavá y jablando! ¡Que me mate un Divé zi aquí er maestro no é un zajorí y tá retratao por endevinanza!» «Cáyate, Remedio, que jasta frío me corre po la esparde; ¡como que paese que me miro al espejo!» ¡Y era la propia Consolación, la dítera, como te lo estoy disiendo!

—¡Bravo! Retratos hechos como los zapatos, previamente—rió mi padre sin poder dominarse.

—¡Retrato fué que la dítera me pagó los sincoenta reale, y jata me dió una peseta é regalo,

hija mía! Pero lo güeno no fué ezo, sino que zarta Consolación: «¡Ay, maestro; pero zi me ven en casa con eze vestío, no me conose ni mi mare! Yo en mi vía me he vestío é verde. ¿Quié usté *esnuá* eze retrato y gorvelo á vestí é coló é rosa y con escarapelas blanca?» «¿Zabe lo que te dise, mujé? ¿No está viendo que toito er fleco der mantón de espumiya negro está pintao ensima der vestío? ¡Carcula tú la obra que é górvé á pintá er *flequerío*!» En fin..., que *esnué* er retrato, que le górví á pintá, *fleque* por *flequé*, y que Consolación y Remedio, y toíta la parentela, y la caye Mundo Nuevo en pezo ze queó bisca elante é la pintura.

Mi padre y yo soltábamos ya el torrente de la risa cuando el maestro López, pálido y con la emoción más sincera que cabe en humana alma, lloró más que dijo:

—¡Y que un hombre que hace esto, un hombre que hasta del sueño se priva por su arte, haya de morirse pobre y orvidao y sin gloria!...

Rompió á llorar de veras, y ya no nos reimos. ¡Es tan respetable la aspiración al ideal, aun malograda! También Don Quijote creía desca-bezar gigantes, rendir leones y libertar encantadas princesas.



## EL LEONCILLO

### I

El muy temido y valeroso don Galcerán de Menalbas, espejo de caballeros, señor feudal de los de horca y cuchillo, y dueño de dilatadas tierras y lugares, murió gloriosamente en guerra de moros, dejando un tierno huérfano y una hermosísima viuda por solos castellanos del alcázar roquero de su nombre.

Y ¡vive Dios! que en el unigénito de Menalbas empleábase bien tanta grandeza; porque el don Hernán, en quien la adolescencia madrugaba florida, érase el más gentil doncel que vistió mallas de guerra ó ricos paños de Arrás en los dorados días de mi historia. Así en lo que atañe á cristianas enseñanzas como en lo que toca á la gala y arreo señorial de la persona, educóle extremadamente doña Guiomar, su madre, que por largos años gozó fama de recatadísima dueña; si

bien andando los días y las ausencias del esposo... Pero no prosigue así el texto en el mohoso pergamino de donde copio este relato, sino que puntualmente reza que en el danzar, tañer y bien decir amaestró á don Hernán un celebrado trovador de Provenza; y en punto á cosas de guerras, cazas y torneos adiestróle con sabia pericia Beltrán, un viejo escudero, fiel servidor y amigo de don Galcerán, que paternalmente adoctrinaba á su heredero, criándole para digno sucesor de tanta nobleza.

### II

Anublaba la mocedad de don Hernán el duelo por don Galcerán, cuyo generoso espíritu y bizarra figura quedáronse como el sello en la cera impresos hondamente en la precoz memoria de su hijo. Y otra aun más oscura nube ensombrecía su juventud: en torno á doña Guiomar amontonábanse turbias nieblas de sospecha que ni el filial cariño osaba penetrar ni el mal sufrido honor caballeresco toleraba. ¿Qué extraños misterios envolvían la vida de la altiva castellana de Menalbas? ¿Por qué á su paso creyó don Hernán sorprender furtivas miradas ó sonrisas insidiosas entre los servidores del castillo? ¿Por qué los nobles ojos de Beltrán centelleaban de mal velado enojo á la presencia de su natural señora?

¿Por qué él mismo—¡horror de horrores!—osaba dudar de ella, adorándola casi como á la Virgen venerada en la señorial capilla? ¿Cúyo era aquel niño que en dorada cuna se mecía en el cerrado camarín de la castellana?

Bien recordaba don Hernán el día aciago en que al volver con Beltrán de largas cacerías, como de propósito prolongadas, enseñóle su madre el infántico dormido entre cendales delgadísimos, y mandóle amarle como á hermano, por ser el huérfano de un noble servidor, á quien ella habíase dignado prohiar. ¿Qué súbito mal tomó á don Hernán al mirar el rostro demudado con que la imperativa señora le ordenaba amar al intruso? ¡Como derribado por un rayo, cayó sin sentido á los pies de doña Guiomar!

Desde aquel día la hermosa faz arcangélica del doncel perdió la color de aurora, y un precoz surco duro marcó en su entrecejo la insidiosa labor de la idea fija. Era que don Hernán, el tierno mancebito hecho de noblezas, odiaba; odiaba mortalmente al niño misterioso en quien doña Guiomar iba poniendo como á hurto las ternuras todas que para él fueron y que á él solo legítimamente sedebían. Odiaba implacablemente—¡como sólo odian los hermanos!—el heredero de Menalbas al intruso, al *bastardo*, como él en mente le llamaba. Pero... ¡ni á odiarle se atrevía!, porque odiarle era afrentar á doña Guiomar, y doña Guiomar—¡su madre idolatrada!—era todo el amor y toda la fe de aquella grande alma intacta y buena. Y como cáncer latente é insidioso iba

el odio royendo é inficionando aquella lozana vida. El fiel Beltrán seguía con angustia los progresos del escondido mal, y, dándole por incurable, acabábase de la propia dolencia que agostaba en flor al heredero de Menalbas.

### III

Aparte del cariño de su leal escudero, tenía el melancólico doncel un afecto extraño, puesto por analogías misteriosas en un ser joven, hirsuto, bravo y de estirpe luchadora y noble como la suya, porque el singular amigo é inseparable compañero de don Hernán érase un cachorro de león. ¡Bello simbolismo! Un poderoso moro á quien don Galcerán perdonó magnánimo la vida en tierras andaluzas envió como significativo presente al heredero de su salvador aquel hermoso leoncillo engendrado en selvas africanas. Y en fe de guerreras hidalguías y en memoria del generoso padre muerto, recibióle y le guardaba don Hernán como á las propias niñas de sus ojos. El moro donador completó su presente con un riquísimo collar constelado de pedrería y una larga cadena de oro, asido de la cual andaba siempre el leoncillo de la diestra de su dueño y pegado á él como su sombra. ¡Y en verdad que el fiero hijo de las selvas parecía como nacido

para amigo y esclavo del fiero hijo de los nobles! Diríase que se sentían hermanos. En tan acorde gemelismo vivían, como si la cadena que ataba la fiera á la mano de su señor, más que cadena, fuese nervio, nervio vivo transmisor de las mutuas sensaciones. Creeríase que como eléctrico fluido corría por ella la braveza del león hasta los nervios del caballero, y como rayo fisiológico bajaba el mandato de la voluntad desde el alma del señor hasta el sensorio del felino. Adiestróle don Hernán á la caza, y halló que en lo arrojado y *sentido* aventajábase á sus lebreles; y en las largas horas que ambos pasaban juntos en los almenados torreones del castillo ó á la vera de la enorme llameante chimenea, miraba el doncel esplendor entre el tostado oro de la pélabre las fulmineas pupilas verdeluz de su leal amigo, y hallaba que en ellas ardía su voluntad de él como si fuese voluntad ó instinto propio de la fiera. Y á favor de aquella extraña comunidad de sensaciones fuése el mozo haciendo más hoso y huraño, y la fiera más humana y tratable, pero sólo para su señor y amo. Y como si por el nervio de oro de la cadena hubiérase transmitido al león el odio del caballero, de muerte aborrecía la fiera al niño intruso, y en viéndole, rugía salvaje y mostraba dientes y garras como reivindicando su natural condición y sus destructores instintos. En tales momentos frunciase duramente el sobrecejo de don Hernán, y con el pie calzado de hierro ó con el cabo de la áurea cadena castigaba sin piedad á su feroz compañero.

## IV

Aconteció que *la que á nadie no perdona* llegó al castillo é hirió con su invisible guadaña al viejo Beltrán, que, sintiéndose al cabo, llamó á su adorado señor, y muy en las postrimerías dijo-le borrosamente: «Señor mío, nada te encomiendo..., porque ya eres un perfecto caballero..., al igual de tus pasados... Una cosa no más te encargaré...» Y sólo pudo articular turbiamente: «... *el bastardo*... ¡Odiale!» Y con la cruel exhortación en los exangües labios expiró.

Desde aquel día el aborrecimiento de don Hernán desatóse como ola brava; pero la ola furiosa se quebraba y rompía de continuo contra un dique de amor, amor que en el mancebo crecía al par del odio, como si mientras más codiciase las maternas ternuras, más abominara del advenedizo que á tuerto se las usurpaba. Así, cuando doña Guiomar, arrastrando la rica orla de su brial de brocado, pasaba con desdeñoso andar de reina envuelta en sus negras tocas, como la aurora cuando despunta de la noche, los grandes ojos negros de don Hernán, que á hurto y desde lejos la seguían, se llenaban de lágrimas candentes, que al caer escaldaban sus mejillas, que el insomnio aflaba y empalidecía con palideces de alabastro antiguo. Aquella *certidumbre* cruel

que le escandecía el pensamiento, y le ulceraba el corazón, y le manchaba de deshonra, y le inflamaba en celos, en odio, y hasta en audaces rebeldías de conciencia, no podía, no, acabar con el amor de los amores, con el amor *que no se acaba*. Y don Hernán, cuanto más culpable la creía, más adoraba á doña Guiomar, cifra para él de todos los amores humanos, y única puerta por donde su alma descubría los divinos. Pasábase el mozo largas horas en laxitud y desmayo invencibles; y como la adolescencia enfebrecía sus labios con sed de besos y con ansias nuevas, insaciables, de amor, el doncel, virgen á todo otro sentimiento que no fuese el filial cariño, ardíase en celos y retorcíase de envidia pensando en las caricias que en el cerrado camarín prodigaba su madre al niño intruso.

## V

Una noche de primavera en que la savia nueva hinchaba los brotes verdes y los olores agrios del monte invadían las lóbregas estancias del castillo, mientras el rayo esplendía en las cumbres vecinas y la tierra vaheaba fuego cuando la mojaban las anchas gotas de la lluvia tempestuosa, como si el fermentar de la vida hirviese también en don Hernán, sintió éste doblarse el ritmo de

su sangre y desbordarse impetuoso el curso de su pensar y su sentir. Como nunca quemábanse sus labios en sed de besos y de sangre; dolíale como nunca el abandono de su vida sin amores; afrentábale como jamás la afrenta de su nombre; y llevado de impulso irresistible, asida, como siempre, la cadena del leoncillo, al que la tempestad embravecía, dióse á correr por las estancias desiertas. Al fondo de las medrosas galerías sonaban chasquidos siniestros, silabeos misteriosos, ahogadas risas burlonas; en el imponente salón de armas creyó ver moverse sombras fatídicas, manos airadas que á tientas buscaban en las panoplias afilados puñales; en la tenebrosa capilla resonaban duros pasos de estatua, acompañados, pavorosos pasos marmóreos con que los bultos de los Menalbas acudían á vengar la honra ofendida. Y delirante, loco de acción, de venganza ó de cariño, ansiando un rayo ó un beso, corrió don Hernán, como llevado de su instinto, hasta el camarín de la castellana de Menalbas. Junto al denso tapiz escusonado que cerraba la entrada se detuvo tan sacudido y anhelante, que él mismo oía el pulsar de su corazón azorado. Por bajo la orla del cortinón arrastraba su aplastada cabezota el leoncillo acechador y jadeante, y entre sus rojas guedejuelas erizadas esplendían sus ojos de relámpago.

En la penumbra de la señorial estancia contorneábase majestuoso, bajo blasonado dosel de púrpura, el lecho conyugal de los Menalbas... ¡el profanado lecho conyugal del padre muerto!